

Capítulo 1

Mayo de 1799

Gabriel ya tenía problemas, y eso que acababa de llegar a tierra firme. Retiró su casaca de viaje de la empuñadura de la espada. Era evidente que lo que había comenzado como un soleado paseo desde el puerto de Southampton hasta su posada se había convertido en algo distinto.

Cuatro marineros borrachos y malolientes lo miraban con expresión ceñuda mientras bloqueaban la calle con un semicírculo irregular. Reconoció a los hombres del barco que lo había traído a Inglaterra. A bordo habían sido meros rostros entre la tripulación. Ahora parecían una selección de los Pecados Capitales dando una vuelta.

Gabriel miró a su alrededor haciendo una mueca. El tortuoso laberinto de calles adoquinadas estaba, de pronto, desierto; las gentes de la dársena se desvanecían ante la posibilidad de una reyerta. Estaba solo.

—Volvemos a encontrarnos, franchute —dijo el cabecilla.

Gabriel se encogió de hombros.

—Resulta lógico, dado que me has estado siguiendo.

El hombre había estado rondando cerca mientras Gabriel daba instrucciones para que enviaran su baúl del muelle a la casa de postas. Desde entonces siempre había estado a la vista, acercándose poco a poco. ¿Por qué?

El robo era la respuesta más simple. Despacio, la mano de Gabriel se cerró sobre la empuñadura de la espada. Era imposible lograr que coger la espada pareciera un gesto desenfadado, pero aún no estaba ansioso por lanzar el primer golpe. Reducir marineros británicos a trozos de carne del tamaño de una cucharada difícilmente era la forma en la que Gabriel quería renovar sus amistades con Inglaterra.

—¿No vas a enseñarnos modales, franchute? ¿Asestar un golpe por los comedores de ajo?

El hombre y sus amigos dieron un paso al frente. Gabriel dio un paso atrás, girando en una calle un poco más ancha. La esgrima requería espacio, y se aseguró de tener espacio suficiente.

—No soy vuestro enemigo. No lucho con la armada francesa y no estoy en guerra con vosotros —respondió intentando parecer razonable.

—¿No os parece que habla bien? —intervino otro de los marineros—. Casi tan bien como un inglés.

Se estaban acercando, haciéndole retroceder. Una calma letal despejó la cabeza de Gabriel. Incluso el mareo de una travesía movida había desaparecido. Por lo visto, la amenaza de violencia era una cura eficaz contra las náuseas. Se aprendían cosas nuevas cada día.

—Por supuesto que estás en guerra con nosotros, franchute —replicó el cabecilla, que escupió a los pies de Gabriel—. Debería haberte tirado por la borda anoche.

—Quizá lamentes ese descuido.

El líder avanzó otro paso, y Gabriel sacó su hoja con el áspero susurro del acero contra el cuero. El brillante reflejo del sol sobre el metal era cegador.

Gabriel echó un vistazo a su alrededor. Probablemente podría matar a los cuatro hombres, pero no quería hacerlo. Tenía que haber una ruta de escape que le permitiera desaparecer sin más.

Error. Tras él había un callejón sin salida. Estaba atrapado.

Suspiró. Algunas cosas nunca cambiaban, y su suerte era una de ellas. Gabriel levantó la espada *en garde*.

El líder sacó un cuchillo de aspecto repugnante de su cinturón, y Gabriel soltó una maldición. Una espada tenía más alcance, pero un chuchillo lanzado presentaba otra serie de problemas.

Un cerrojo de hierro rechinó, y se abrió la puerta de una de las casas. El estómago se le encogió a la espera de ver un desdichado niño atrapado en mitad de la escena. En su lugar, un hombre de pelo castaño rojizo con una camisa de mangas arrugadas se arrellanaba contra la erosionada jamba de la puerta. Dado lo angosto de la calle, Gabriel podría haber cogido la delicada taza y el platito que el joven mantenía en equilibrio en sus dedos.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó el intruso en el más educado de los tonos.

—Quizá. —Gabriel se esforzó porque el sarcasmo no invadiera su voz.

—Parece que os superan un poco en número.

El cabecilla de los marineros pasó la mirada de Gabriel al hombre del portal y de nuevo a Gabriel.

—Métete en tus asuntos, jefe.

En respuesta, el hombre simplemente levantó las cejas. Dos de los rufianes arrastraban los pies, como preguntándose si era hora de escapar.

Gabriel se encogió de hombros, no seguro de si el hombre era un aliado o un idiota.

—*Eh bien*, puedo ensartar al menos a dos antes de que uno aseste un golpe decente.

El otro tomó un sorbo de la taza.

—Una buena forma de empezar la tarde.

—Desgraciadamente, ¿qué puede hacer un pobre caminante?

—Permitidme.

El hombre se apartó de la puerta y Gabriel oyó el tintineo de la porcelana al ser depositada a un lado. Cuando volvió a aparecer, el hombre sujetaba un par de pistolas. Apuntó ambas hacia los marineros.

—Largaos, todos.

El marinero cabecilla se retiró, su cabeza inclinada por el desánimo. Gabriel se arriesgó a envainar la espada, señalando el final del enfrentamiento.

—Entrad —indicó el hombre de cabello castaño rojizo. Ahora su comportamiento era seco, acostumbrado a la autoridad—. Vigilaré mientras estos valientes compañeros se marchan.

Algo sonaba falso en la voz del hombre. Con precaución, Gabriel cruzó el umbral de la gran casa encalada. El otro permaneció en la puerta un buen rato antes de bajar las pistolas, cerrar la puerta y echar el cerrojo.

—Bien. Ahora que ya nos hemos ocupado de esto, ¿puedo ofrecer un refrigerio? —ofreció.

Gabriel observó la modesta habitación con creciente suspicacia. Había una pequeña mesa, dos sillas, y no mucho más. A través de la puerta interior podía ver el borde de una cama sin hacer. Tenía el aspecto de un lugar que se alquilara por semanas.

—*Bien sûr*, tomaré un poco de vuestro té, aunque con ciertas reservas.

—¿Cómo dice?

Gabriel cruzó los brazos, la ira hirviendo a fuego lento en sus entrañas.

—Vuelvo a Inglaterra por primera vez en muchos años, pero con mi historial en este país puede que aún haya quien recuerde mi nombre. Como es natural, soy cauto.

—¿Y?

—Cuatro curtidos hombres de mar se enfrentan conmigo minutos después de llegar a tierra. Es muy raro que pendencieros así no ataquen a un hombre solo, sino que en su lugar, lo conduzcan hasta un callejón sin salida. Además, ahí estabais vos, de pie en el umbral como un cuco en su reloj, listo para rescatarme de esos bufones.

El hombre se sentó en una de las sillas y adoptó una pose de aburrimiento, la cabeza apoyada en la mano.

—Decidme, ¿qué queréis decir con eso?

—Que si queríais hablar conmigo, habría bastado con que enviarais una nota a la casa de postas. Soy un hombre educado y razonable. No necesito farsas ni señuelos para entablar conversación.

Una sonrisa felina curvó los labios del hombre.

—¿Ha sido demasiado obvio?

—Pues sí.

—Sí, bueno, culpa mía. El teatro es mi pasión. ¿No creéis que el cabecilla de esa pequeña tropa es muy bueno? He estado pensando en utilizarlo como Fondón en la próxima temporada de *El sueño de una noche de verano*.

Gabriel se hundió en la otra silla.

—Creo que los ingleses están locos.

—Cierto. Thomas Hanson, vizconde de Farnwell, a vuestro servicio. —El hombre le tendió la mano—. La mayoría de las veces no uso el título porque, en realidad, soy un actor.

—Gabriel d'Aubigny, chevalier de Lesgardes. La mayoría de las veces no uso el título porque la gente sigue intentado matarme.

—Eso he oído. —Hanson se levantó y tomó otra taza de una estantería de encima de la chimenea—. Si preferís algo más fuerte que el té, se puede arreglar.

—Té está bien. —Gabriel sintió una oleada de impaciencia ante la peculiar conversación—. Si vuestros amigos matones estaban en esta argucia, debéis haberlos reclutado al instante. No hemos estado mucho tiempo en tierra.

Hanson le sirvió té de la tetera de la mesa.

—Los preparativos ya estaban a punto. Sir Alaric mandó a buscaros hace meses. Tenían órdenes de traerlos hasta mi puerta.

Gabriel se tensó. Hanson había dejado caer el nombre del jefe de espías del rey con tanta naturalidad como si se tratara de un sastre.

El joven dejó la taza frente a Gabriel.

—Soy uno de los hombres del Maestre. Podéis hablar con libertad.

Gabriel sintió cómo se le aceleraba el pulso. Sir Alaric Fitzwilliam, el Maestre, se parecía mucho al fuego: era útil como aliado, pero nunca podías fiarte por completo de él.

—No sabía nada de esto. ¿Sabía él cuándo y desde dónde iba a abandonar el continente? ¿Siquiera si iba a volver a Inglaterra?

Por primera vez, Hanson parecía incómodo.

—Tiene unas habilidades poco comunes.

Gabriel no dijo nada. El interés del Maestre por lo oculto no era un hilo de conversación que deseara seguir.

—Sir Alaric os ha estado vigilando —continuó Hanson—. Trabajasteis para él y sabéis mucho sobre sus asociados, dónde se almacena la información, y quién lo hace.

—Jamás he compartido ese conocimiento. ¿Por qué tiene importancia ahora?

—Vereis, está la guerra con Francia. La cuestión es que parte de la aristocracia ha vuelto a París y ha comenzado a negociar con el nuevo régimen. Intentan recuperar lo que perdieron en la Revolución.

«Y pensáis que voy a hacer lo mismo». Gabriel respiró profundo para controlarse.

—Así que, ¿por esa razón envió el Maestre a esos idiotas para conducirme hasta aquí como a una oveja? ¿Para evitar que viajara a París a vender sus secretos? ¿Qué habría ocurrido si hubiera cambiado de idea y, en su lugar, hubiera partido hacia Francia?

Hanson se sonrojó, el tono de su piel chocaba con el cabello castaño avellana.

—Para ir directamente al final de mi narrativa, el Maestre se alegra de que hayáis vuelto a orillas inglesas.

—Es lo mejor para poder vigilar cada uno de mis pasos.

No dando nada por sentado, Gabriel olió el té y probó el líquido

con la lengua antes de beber un trago. Era fuerte, y se estaba enfriando, pero no era evidente que estuviera envenenado.

Pasó un momento. Gabriel se sintió en tierra extraña. Sus ideas, la lengua y la vestimenta lo marcaban como extranjero. Ni siquiera se parecía a su anfitrión. Hanson tenía un color encendido y huesos anchos, Gabriel los oscuros y delicados rasgos de los hombres de su país.

Hanson cruzó los brazos.

—Si fuera vos, me habría quedado en el extranjero. Os daréis cuenta de que el gobierno inglés seguirá vuestros movimientos con interés.

—No tengo pensado ser interesante.

—Sin embargo, nuestras orillas os ven partir y volver. ¿Quién sabe qué información os llevaréis con vos?

—Sólo partí para reconciliarme con mi padre.

—Eso fue seis años atrás.

—Es un hombre difícil. Me llevó algún tiempo.

Hanson dudó, era evidente que no tenía claro qué decir a continuación.

Gabriel mostró su desinterés haciendo un ademán con la mano.

—Mi padre planea pasar el resto de sus días en Austria. Aún es leal al rey que cayó con la Bastilla. Yo tengo amigos en Inglaterra, y pretendo llevar una vida tranquila. Ni mi familia ni yo somos una amenaza para nadie.

Los ojos verdes de Hanson estudiaron a Gabriel.

—Sir Alaric dijo que diríais eso. Seguro que deseáis saber por qué planeó que yo os hablara.

Gabriel dejó su taza y logró que sus palabras sonaran irónicas.

—En efecto. Si Sir Alaric duda de la lealtad de alguien, su respuesta habitual es la ejecución. Me pregunto por qué me ha perdonado.

—Tiene un trato para vos.

Las suaves palabras fueron como un golpe. Gabriel cerró los ojos.

—*Merde.*

Uno acogía con regocijo los tratos de Sir Alaric cuando estaba en el cadalso, pero lamentaba el precio en cuanto perdía de vista la sogá. El último contrato de Gabriel con el jefe de espías había durado ocho años, y había sido necesario un perdón real para liberarlo. De ningún modo volvería a tratar con el diablo.

Hanson le volvió a dedicar la sonrisa felina.

—Este trabajo es sencillo. Un buen caballo y una bolsa de oro por un mes de trabajo. Sólo observar. Sin riesgos. Sin obligaciones al finalizar el mes.

A priori, era tentador. Gabriel no tenía nada excepto su espada y la bolsa de su cinturón. Aún así, sabía que no debía fiarse de la oferta.

El recelo lo hizo ponerse en pie. Paseó de un extremo al otro de la estrecha habitación sintiendo el peso de la tranquila mirada de Hanson.

—Tras haberse tomado tantas molestias para traerme hasta aquí, ¿Sir Alaric me permite siquiera rehusar?

—Eso parece.

La sorpresa lo sacudió.

—¡Entonces me niego!

—Os prometo que es una labor interesante.

—*Non*. He terminado con el espionaje. Si este encargo es tan fascinante, hacedlo vos mismo.

Hanson se encogió de hombros.

—Yo no tengo vuestra experiencia. Se precisa a alguien con vuestro toque especial.

Gabriel le dedicó una sonrisa descarnada.

—¿Mi toque? ¿Os referís a falsificar documentos y forzar cerraduras? Son muchos los talentos útiles que me gustaría olvidar. Ahora soy un hombre honrado.

Cruzando las manos por detrás de la cabeza, Hanson se reclinó en la silla.

—Dado que no os interesa, carece de importancia lo que sir Alaric necesita de vos.

Gabriel presionó los labios y silenció una réplica. Era un cebo.

—Muy bien.

Hanson estudió el techo.

—Aún así, el caballo es vuestro. Un regalo. Es una magnífica yegua criada en los establos de lord Redfern. Viene con una silla, pistoleras y pistolas, todo el lote.

Gabriel lo miró frunciendo el ceño.

—¿Un regalo? ¿Por qué?

—Según las propias palabras del Maestre, vos eráis el más listo de todos nosotros. A su manera, él apreciaba eso.

Seguro que era un truco. Gabriel recordó un momento la historia del caballo de Troya y se preguntó qué se podría embutir en realidad en una yegua viva. Probablemente no gran cosa que quisiera saber.

Sin moverse, Hanson volvió los ojos hacia Gabriel.

—Sería descortés rehusar.

—Entonces acepto el caballo, si bien no el trato —aclaró Gabriel. Lo cierto es que necesitaba una montura. Al mismo tiempo, una voz en su cabeza le susurraba que lamentaría aceptar la yegua. Con sir Alaric siempre había un precio—. Pero hay una cosa que no entiendo.

Hanson se irguió, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Qué?

—Si sir Alaric ha ido tan lejos para presentarme su propuesta, ¿por qué me deja ir con tanta facilidad?

Hanson negó con la cabeza y extendió las manos en un gesto de confusión.

—Eso es algo que ambos quisiéramos saber.

Capítulo 2

Anne Tremaine voló por los aires y fue a caer aparatosa y torpemente sobre el brezal. El duro aterrizaje hizo que se mordiera la lengua, y la sangre fluyó cobriza en su boca. Permaneció quieta un buen rato, sin aliento, el estómago encogido aún por el sobresalto de la caída.

Su oído descansaba sobre la hierba de Hounslow Heath, donde podía oír los cascos en retirada del maldito ruano. Cuando salía por “negocios”, por norma general alquilaba un caballo cualquiera de una docena de establos —cambiar la rutina era una táctica para ocultar su identidad—, pero los caballos ajenos añadían un elemento de imprevisibilidad. Este se había desbocado sin razón y probablemente iba directo al establo. «Estúpido animal».

Sola, y de noche. No era el mejor momento para un accidente. Movié las piernas a modo de comprobación. No había huesos rotos. Al moverse, el dolor inundó el entumecido lugar sobre el que había aterrizado. Por la mañana tendría el trasero cubierto de cardenales.

Le llevó un momento liberar el abrigo de los estribos y, a continuación, la vaina de la espada de entre sus rodillas.

Al menos llevaba pantalones, y no un incómodo vestido.

Anne se puso en pie poco a poco, sintiendo cada músculo y cada tendón de su alta y esbelta estructura. El cuero de las botas crujió, resonando en su imaginación como los doloridos huesos. El suelo estaba empapado, como ella ahora. La hierba y el barro se adherían a su ropa y se colaban dentro de sus botas.

Cojeó hasta donde había rodado el sombrero y se lo colocó sobre los rizados mechones. «¿Y ahora qué?» Aún cuando su dolorido cuerpo aguantará los kilómetros de caminata de vuelta a Londres, ni siquiera había comenzado el trabajo de aquella noche.

Desenfundó la espada y examinó la hoja, la luz de la luna derramándose por el filo de acero. Afortunadamente, la vaina había protegido el arma durante la aparatosa caída. Después comprobó el cebo de la pistola. Era hora de recuperar la presencia de ánimo y ponerse en marcha. Seguía siendo una buena noche para un robo a mano armada.

Respiró hondo, tranquilizándose. Las cosas serían mucho más difíciles sin una montura.

Quizá debía volver a casa sin más e intentarlo de nuevo la noche siguiente. Resultaba complicado parecer amenazador cuando uno iba a pie y la víctima montaba un hermoso y alto caballo. Pero, incluso si se apresuraba, no vería la cama hasta horas más tarde.

Agarrotada, reanudó la ruta que había estado siguiendo antes de que el caballo hiciera otros planes. La luna acababa de estar llena e iluminaba el camino lo suficiente para que pudiera caminar sin tropezar. A su alrededor, el brezo se extendía como una tosca alfombra, los ocasionales arbustos y árboles acechando como oscuras bestias. La humedad se adhería a la hierba y brillaba bajo la luz de las estrellas. La primavera se desvanecía, pero el aire de la noche aún era vivificante y fresco.

Anne se aproximaba a un recodo del camino protegido por un grupo de olmos. Se acercó con cautela. Era un escondite popular entre los ladrones, incluida ella misma.

Tras ella, a tal distancia que apenas pudo percibirlo, oyó el sonido de un caballo al trote. Se volvió esperando ver al ruano vagando por el camino, pero, en su lugar, descubrió la forma de un jinete con un pesado abrigo. Sintiendo vulnerable a pie, se apartó hasta el grupo de olmos y se agazapó tras un montículo.

Mientras el viajero se acercaba, intentó vislumbrar detalles reveladores. ¿Era rico? ¿Un hombre de alto rango con una bolsa bien llena? No podía distinguir mucho, pero el caballo se movía con suavidad, como un animal de primera calidad.

En su mente se formó una idea, una que supo de inmediato entrañaba riesgos. Nerviosa, tocó la empuñadura de la espada. Fuerte y diestra como era, Anne era prudente.

El terror era el arma principal de un ladrón, razonó. Al tomarlos por sorpresa, la mayoría de los viajeros entregaban sus bolsas sin dar problemas. Según su experiencia, pocas eran las víctimas que decidían devolver el golpe, ni siquiera hombres con armas propias.

El secreto residía en paralizar al objetivo a punta de pistola antes de que pudiera reaccionar.

¿Tenía este jinete aspecto combativo? Parecía alto, pero estaba demasiado oscuro para adivinar más. La tentación la seducía.

El asunto era sencillo. Él tenía una montura, y ella la quería. La necesitaba. ¿Se atrevía a cogerla?

«La fortuna sonríe a los audaces». Sacó la pistola de chispa del bolsillo, sintiendo el sólido peso. Comprobó el cebo una última vez y acarició el cañón octogonal con los dedos. La familiar rutina era un ritual. La pistola era lo único que tenía de su padre, y la tenía porque se la había robado largo tiempo atrás.

Se levantó despacio, los músculos entumecidos y doloridos. Tragó aire para sofocar una arcada repentina surgida del miedo. Por un instante, la tentación de una presa fácil y las dudas entraron en guerra. ¿Se atrevía?

«Me atrevo».

Abandonó el macizo de árboles y arbustos saltando hacia el camino y gritando con fuerza. El caballo retrocedió, sobresaltado. Como había planeado, el hombre hacía todo lo posible por mantenerse en la silla, las manos demasiado ocupadas con las riendas como para coger un arma.

«Perfecto». En un abrir y cerrar de ojos estaba a su lado y le apuntaba con la pistola al corazón. Separó los pies, una mano sujetando la otra para estabilizar el feroz retroceso del arma de fuego.

—¡La bolsa o la vida! —gritó con voz áspera.

—¡*Sacré Dieu!* —juró el hombre.

La rabia cruda de aquellas palabras hizo que Anne sintiera un escalofrío en la columna. Aquel hombre no era un cobarde. Antes de que el viajero pudiera recuperarse, la joven aprovechó su ventaja dando otro paso al frente.

—¡Fuera del caballo! —ladró, lanzando a la asustada montura a otro baile lateral.

Con otra maldición, el jinete saltó del caballo, pero por la derecha. Malo. Aquello colocaba la masa de la criatura entre el hombre y la línea de tiro. Peor, la maniobra provocó un nuevo arrebató en el caballo. Anne tuvo que apartarse de un salto para esquivar los golpes de los cascos.

«¡Maldición!» Ya había perdido una montura aquella noche, no iba a dejar que esta huyera. Agarró la brida sin perder tiempo. El

caballo retrocedió y la joven tuvo que dejarlo marchar para que no se llevara su brazo con él.

Al mismo tiempo, a su espalda oyó cómo amartillaban una pistola.

—Tirad el arma y apartaos de mi caballo.

La voz era aterciopelada con un tono gélido.

El hombre había rodeado al animal y aparecido a su espalda mientras ella intentaba coger las riendas. Sintió la presión del arma contra el hombro, un suave golpe de advertencia.

Como si aquello la intimidara o fuera a obligarla a rendirse. Anne giró sobre sí misma y le clavó la boca del cañón en la vulnerable carne de debajo del mentón.

—No me toquéis si no pensáis conservarme.

Él hombre se sobresaltó con el beso del metal, sus ojos abiertos por la sorpresa.

—*Madame!*

—*Monsieur* —se burló ella—. Si queréis vivir, quedaos exactamente donde estáis.

Anne respiró profundamente, tranquilizando los latidos de su corazón. Ahora los acontecimientos le favorecían, pero las rodillas le temblaban con una extraña mezcla de terror y euforia.

—Podría haberos matado —señaló el hombre—. Pero no mato mujeres.

—Peligrosa equivocación. Soy fría como el hielo.

—Estáis loca.

—Quizá, para vuestra desgracia.

—Como vos digáis.

El hombre mantenía los brazos separados de los costados, la pistola colgaba relajadamente en una mano. Ahora, Anne podía verle la cara, la luz de la luna mostraba unas facciones limpias y delicadas. Una nariz perfecta. El tipo de ojos negros y líquidos que daba a los amantes del continente su exagerada fama.

Sin duda las mujeres se desmayaban como jovencitas inexpertas cuando él sonreía. Luchó contra la irracional necesidad de pegarle un tiro por principios.

—Dejad la pistola en el suelo. —Se aclaró la voz, avergonzada al oír cómo se enronquecía cada vez más—. Hacedlo despacio.

—Siempre intento no defraudar.

—Y a mí me traen sin cuidado las respuestas ingeniosas. Moveos.

El viajero obedeció, sus movimientos eran enérgicos y elegantes. Se enderezó, las manos alzadas en sumisión.

—Ahora el dinero.

Con el cañón de la pistola indicó la pesada bolsa de su cinturón. No la habría visto pero, cuando el hombre levantó los brazos, la parte delantera de su corto abrigo de montar también se levantó.

Un destello de pura rabia cruzó el rostro masculino. Ella sujetó el arma con fuerza, negándose a permitir que temblara.

—Dádmelo.

—Es todo el dinero que poseo en el mundo.

Las palabras sonaron como una maldición.

—¿Con un caballo como ese? No os creo.

Varió la forma de sujetar el gatillo para hacer ver que estaba lista para disparar.

Con un tirón, el hombre separó la bolsa de su cinturón y la arrojó a los pies de la joven. Aterrizó con un fuerte tintineo de monedas. Tenía dinero suficiente para, de hecho, hacer daño.

Los ojos del hombre se clavaron en el rostro femenino, esperando su próximo movimiento. Anne podía sentir el calor de su rabia. Un error de cálculo y tendría serios problemas.

—Atrás.

La pistola pesaba cada vez más. Luchó por mantenerla nivelada.

El viajero apenas arrastró los pies, reacio.

—Hasta los árboles.

Más pasos reacios. Cuando se detuvo, se fundió con las sombras, volviéndose casi invisible. El hombre poseía la calma de un gato en plena caza.

Anne se sintió flaquear como un pájaro. Sin apartar los ojos de él, recogió la bolsa y la pistola que había arrojado sobre la hierba.

Hora de irse. El caballo por fin se había calmado, y apenas se había apartado unos metros. La joven retrocedió hasta él sin bajar la guardia ni un momento.

Cuando al fin saltó sobre la silla, pudo sentir el sudor frío derramándose por sus costados y entre sus senos. Con un golpe de talones instó al caballo a volver al camino, y partió a toda velocidad camino de Londres. Mucho tiempo después aún le parecía sentir la furiosa mirada del hombre clavada en su espalda.

Anne agradeció al cielo que el caballo fuera tan rápido como parecía.